



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 12538

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extra-
jero.—Tres meses 1'25 id.—La suscripción se contará desde 1.^o
y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

Administración y Redacción, Mayor 24

LUNES 24 DE AGOSTO DE 1903

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Oumartin
61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

SUJETAS ESCÉNICAS DEL PASADO

Maiquez en la Cárcel de Málaga

Apuntes para la biografía del eminente actor cartagenero.

Se organizó en los coliseos de la corte la temporada de 1808 a 1809. El ilustre Maiquez que sería el mejor de nuestros actores, pero que era un hombre de un carácter imposible, se había enemistado con sus compañeros. Entre el galán Antonio Gonzalez y Maiquez surgieron al fin de la temporada anterior odios profundos. Rafael Pérez, para quien la envidia fue compañera inseparable, procuró fomentar estos odios, ayudado de su hermano político José Infantes y de Agustín Roldán.

Maiquez juró y perjuró que prefería ir a trabajar el nuevo año cómico en Huesca o Pinto, sin Pérez y sus aliados, a continuar con ellos en Madrid.

La esposa del gran actor, la inteligente Antonia Prado, naturalmente interesada en este pugilato, presentó al Ayuntamiento unas condiciones difíciles de aceptar, para seguir en su puesto de dama.

Exigia ser primera dama absoluta, que había de ponerse una sobre-entallante al objeto de que descansara ocho ó nueve días al mes, que el verano no estaría obligada a representar, que a presencia del Ayuntamiento se le harían saber las obligaciones de cada actriz y que en la compañía no podría existir mas partidos de «primeros» y «primeras» que el de su esposo y el suyo.

Como en el colegio, re-hazó el Ayuntamiento estas imposiciones

y entonces Maiquez pidió permiso para marcharse a provincias. Después de varias conferencias con el marqués de Perales, remitió a éste un memorial que empezaba:

«La licencia solicitada por mí no tiene otro fundamento que el deseo de vivir tranquilamente. La actual compañía del Príncipe es un semihierro de discordias, fomentado por la ingratitud, etc.»

El público no veía con gusto esta separación, los concejales tampoco la veían con satisfacción, pero no querían aparecer sujetos a la voluntad caprichosa de Maiquez. Se convocó a las actrices y actores a una Junta el 8 de Abril. Allí fué Troya. Se escusaron por enfermas la graciosa Gertrudis Torre, la Josefa Virg y la Maqueda, que trataron de evitarse compromisos. Antonia Prado se negó a firmar el contrato si antes no lo hacía su marido; la andaluza Concha Velasco, que encubría con éste su verdadero apellido y a quien disgustos domésticos habían obligado a adoptar esta profesión, manifestó que no quería disgustos y que se marchaba a Sevilla y Concha Lledo pidió también permiso para dejar Madrid porque el partido que le ofrecían no le acomoda.

Entre los actores no resplandeció mejor armonía y Maiquez expresó francamente que con Rafael Pérez y Antonio Gonzalez, no iba a ninguna parte, que los disgustos llegarian a convertirse en lances personales y que prefería dejar Madrid.

Empezaron las componendas, se les mando retirar para discurrir un acuerdo que conciliase voluntades... pero todo inútil. Dieron las doce de la noche y después de ocho

horas de sesión el problema no fué resuelto.

Se arreglaron al fin las listas al día siguiente y Maiquez y su mujer no aparecían en ellas, como tampoco la Velasco, la Lledo, que pocos días después fué convenida para que se quedase, la Laureana Correa, la Ponce, Acuña, Andrés Prieto y otros. Para reemplazar a la Prado vino la estu lista Manuela Carmona, criada y discípula de Rita Luna.

Conzalez figuró como primer galán.

Abrióse el teatro el 17 de Abril, con «Bienvenidas mal si vienes solo» y el sainete «El payo de centinela». El público vió con desagrado la ausencia de Maiquez.

Este se dedicó a formar planes para venir a Andalucía, cuando llegó el famoso 2 de Mayo.

Maiquez se sintió patriota, legó un fusil y se batió contra los franceses. No tuvo dificultad en acudir a los sitios de mas peligro y su popularidad sirvió de estímulo a los desalentados ó poco patriotas. Siempre recuerdo el famoso artista aquella jornada, que relataba con entusiasmo.

Al día siguiente su nombre era citado, por efecto de ser muy conocido, como el de uno de los que más heroicamente se batieron contra los franceses. Estos se empeñaron en apresarlo y como era de suponer que lo pasaría mal si era cogido, Maiquez se apresuró a huir de la corte. Se disfrazó como pudo y sin descansar en el camino, se presentó en Granada, donde tenía buenos amigos.

Notando allí cierto espíritu afrancesado en algunos de los que le conocían, se dispuso a marchar a Málaga y realizó el viaje en el mes de Junio.

En esta ciudad se creía seguro, cuando le ocurrió un incidente que le hizo pasar muy malos ratos.

Málaga era una población muy contraria a los franceses. Era gobernador de ella el fustre general D. Teodoro Reding, suizo, nacido en el Condado de Shawitz, militar tan entendido como valiente, activo con el orgulloso, y generoso con el vencido. Enemigo de los franceses vió con gusto el movimiento que contra ellos se iniciaba y el 30 de Mayo se unió al pueblo malagueño y al ejército, que fraternizaban al grito de «Viva España y muera los franceses!»

Reding arengó elocuentemente a los amolinados, los exhortó a que no cometiesen atropello alguno con ciertos comerciantes egoístas que veían con gusto el entremetimiento de Napoleón en los asuntos de España y amenazó con castigar severamente a los que olvidasen estas indicaciones. Pero la exaltación del pueblo era tan grande, que desoyendo sus consejos asalto las casas de varios franceses, y dió muerte a D. Juan Croharré y al vicopostul de Francia Mr. Argau, hombre poco simpático y menos prudente. Reding formó proceso y el verdugo dió cuenta poco después de aquellos que llegaron a asesinar en el delirio de sus ideas. Celestino Cuencia, Ramón Ballrán, Juan Marénjo, Francisco Alarcon, Cristobal Lopez y Cristobal Avalos fueron ajusticiados públicamente por aquellos días.

Málaga juró solemnemente por su Rey a Fernando VII y declaró la guerra a Napoleón y a sus huestes.

En estos momentos de revolución llegó Maiquez a Málaga. Los primeros días nada turbó la tranquilidad que tanto ansiaba.

Pero cierta tarde Isidoro Maiquez fué al correo a recoger una carta que le había sido dirigida desde Madrid. Los malagueños creían ver afrancesados en todas partes y espías galachos en todos los forasteros. Algo extraño debieron advertir en Maiquez. Algun patriota debió considerarlo como sospechoso. La sospecha tomó cuerpo, pasó de unos a otros y pronto un grupo patriótico arremetió contra él. Alegó Maiquez quien era, sus antecedentes, su probado españolismo pero aquellas turbas exaltadas no se pararon a reflexionar. En muy poco estuvo que no fuera víctima del furor popular. Algunos jefes, tal vez el mismo Reding, tuvieron que imponerse y se consiguió que Maiquez resultara ileso, pero no que se evadiera de un proceso y de algunos malos ratos.

Entre soldados y paisanos armados fué conducido a la Cárcel Pública, que estaba en la plaza de la Constitución ó de las Cuatro Calles, en el sitio que ocupa hoy el Pasaje de Heredia.

Encerrado entre criminales y franceses se vió durante varios días el eminente artista gloria de la escena española.

Según Reyilla, en la Vida de este actor, no recobró la libertad hasta que documentalmente se probó su inocencia y que de Madrid había salido precisamente por su patriotismo.

Maiquez debió residir todo este año en Málaga, pues se carece de datos suyos relativos a esta época y solo hay noticias de que se presentó en la corte en el mes de Mayo de 1809.

Narciso Díaz de Escovar.

Probad el Cognac de HENRI GARNIER y C.

CESARINA DIETRICH

287

286 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

CESARINA DIETRICH

283

que podía obtener de él; instalóse en casa de su marido y me rogó que me quedase con ella.

Mr. Dietrich volvió a su casa y venía todos los días a comer con nosotros, Bertrand pasaba todas las noches en vela con Daboís, atento a contener al enfermo si le sobrevenia un acceso de furor. Poco a poco los ataques del marqués fueron más débiles hasta que al fin desaparecieron por completo haciendo presentir una completa curación. Se recibieron y se pagaron visitas y el vago rumor que se extendió de enagenación en el marqués se disipó, todas las apariencias lo desmentían, y en breve lo desmintió la realidad.

Yo veía a Margarita con frecuencia y no estaba tan tranquila por ella como por el marqués; estaba cada día peor, la consumía una fiebre lenta y no tenía casi fuerza para levantarse.

Pablo contemplaba con terror su estado, y después de una consulta médica que por su reserva acrecentó en otros temores, nos convencimos de que para Margarita no había remedio.

Un día que estábamos solas me dijo:

—Me muero, tú lo sé, lo siento; y es tiempo de hablar ya que todavía puedo; me muero porque debo y porque quiero morir. He cometido una mala acción y os la confieso a vos cual si fueseis un ministro del Señor. Un día sorprende una carta que venia para Pablo; la abrí, la leí y se la oculté. Decidle que me per-

—No, no señor; pero habieran podido verlos; habéis estado muy bien.

—Mientes, Daboís, me desacompanas todas las noches. Valvonne lo ha confesado, lo he oído; mi mujer habrá querido convenirse de la verdad. Ha pasado aquí la noche y a estas horas ya sabe que es y un ser privado de razón a quien no se puede amar.

Cesarina el oírle sollozar entró en la estancia, y abrazándole a su vez murmuró:

—Vuestra lobura consiste en creerlos locos; no tenéis otra: os han engañado por fortuna, porque tenéis vuestra razón cabal; si algunas horas de la noche se pefede, es cosa momentánea y ya no me inquieto. Yo me encargo de cuidarlos quedándome a vuestro lado para probaros que no tengo el quiero mejor amigo que vos.

—¡Oh! sí, quedaos;—murmuró el marqués;—quedaos por piedad al lado mío; yo me curaré; es preciso que el hombre de quien aceptáis ante el mundo nombre y apoyo, no sea un insensato. Yo me someteré a vuestra voluntad como un niño; mi reconocimiento será aun más fuerte que mi pasión y no olvidaré mis juramentos. Cuidad a vuestro hermano, a vuestro amigo, hasta que se haya hecho digno de ser vuestro esposo.

Aquí le había conocido Cesarina, era todo lo más

—No; ya sabéis,—le decía,—que en todo lo que decís no hay una palabra de verdad; estáis en París no en Ginebra; el relojero no ha desacompañado vuestro reloj para jugaros una mala partida; ningún relojero le ha tocado.

Y oíamos al marqués que murmuraba:

—¡No, es que oíes que estoy loco, te ha dado esa manía!

—No señor,—exclamaba el pobre anciano;—os he conocido pequeño y por decirlo así os he educado; no estáis loco, no lo habéis estado nunca; pero estáis delirado, tenéis la cabeza débil y me ensartais una porción de cuentos para burlaros de mí; es una mala costumbre que adquiristeis en la niñez y como ya os conoces no creo nada de cuanto me decís.

El marqués siguió hablando en voz baja, y después distinta y razonablemente, exclamó:

—Daboís, ¡fede! que mi cabeza está mejor y tengo gana de dormir; pero es preciso que me cuentéis todo lo que he hecho, no me acuerdo bien.

—No, no os lo diré, porque no dormís; cuando os va a dormir no se puede pensar en nada. Vamos, acostaos; mañana al despertar os acordaréis de todo.

—Como quieras. Sin embargo, hay una cosa que me atormenta; ¿me habéis visto alguna vez contigo?

—¿Vos, señor? jamás.